

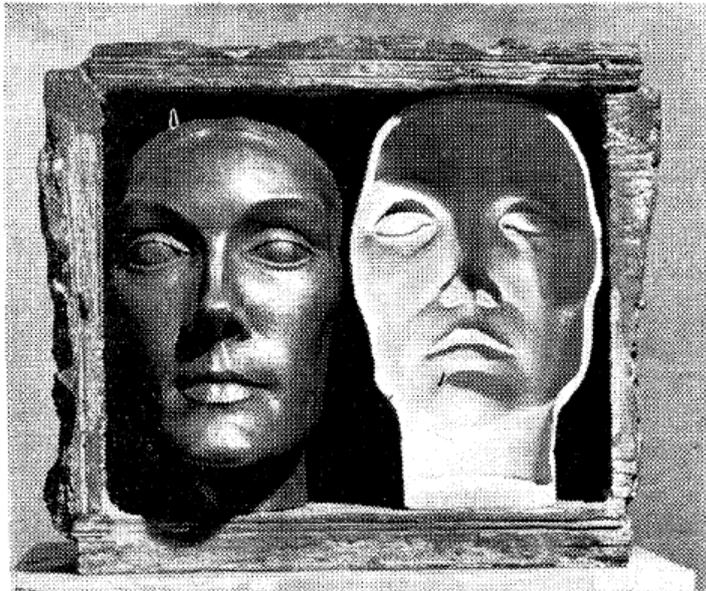
JOSE MARIA SUBIRACHS

## Momento de plenitud del gran escultor de la Escuela de Barcelona

Fue hace ahora poco más de seis años, cuando con motivo de una exposición de cuatro artistas de la Escuela de Barcelona, vi por primera vez unas cuantas obras de José María Subirachs. Los otros tres componentes de aquella segunda promoción de la Escuela barcelonesa, que salían a la vida creacional una docena de años después de iniciada la renovación del 48, eran los pintores Carlos Planell, Alcoy y Hernández Pijuan. Ninguno de ellos había acudido a la Galería Biosca para la inauguración y fue, por tanto, con Subirachs, con quien departí largamente sobre lo que los unía y sobre lo que pretendían hacer con su agrupación. Me llamó, de una manera especial, la atención la textura, y no sólo la de los tres pintores, sino también la del escultor. Tanto fue así que en un libro mío sobre la pintura de vanguardia que se hallaba ya entonces en pruebas, incluí al escultor Subirachs, como si fuese un pintor más, debido a que la manera como descascarillaba la superficie de sus bronceos o sus tierras cocidas al alto fuego, tenía para mí más de pictórica que de escultórica, aunque fuesen intrínsecamente escultóricas las formas y la concepción del espacio.

Ahora han pasado ya seis años y José María Subirachs viene como maestro triunfante a exponer sus últimas piezas a la «Sala de Santa Catalina del Ateneo de Madrid». Entretanto pude ver sus grandes puertas para el Santuario de la Virgen del Camino, de León, primero una suelta, y luego ya las dos en su emplazamiento definitivo, con las grandes esculturas de tamaño mayor que el natural, que se elevaban sobre ellas hacia el cielo. Pude notar entonces, que Subirachs concebía la forma de la estatua religiosa con mentalidad de escultor abstracto. Era lo mismo que le pasó a Rodin antes de la abstracción. Los entrantes obligaban al aire a penetrar a través de las desgarraduras del bronce y el espacio parecía así modularse y estirarse en los ropajes de sus santos, con tanta elasticidad como en las grandes bocinas o en las inmensas placas fundidas, sinuosas y de doble inflexión, que nos prueban que Barcelona tiene autoridades que saben proteger el arte actual y colocarlo en sus más hermosos paraies urbanos.

Quiero recordar ahora otra obra de Subirachs situada en plena Diagonal barcelonesa. Se trata del monumento a Monturiol, discutido entonces, pero indiscutible hoy, cuando el novorrealismo y el pop-art le han dado ese certificado de actualidad que en el momento de su erección se le quiso negar. Basta una placa bien trabajada y un submarino pulido y frotado atravesándola, para que se tenga simultáneamente una impresión total de realidad, unida a otra de creación a partir de la nada. El pop pretende darnos la última reali-



Subirachs. - Escultura

dad de cada objeto en sí mismo. Su máximo afán no es representar ni interpretar, sino, pura y simplemente, presentar. Eso y no otra cosa ha hecho Subirachs con garbo y acierto, aunque no se haya limitado a una paradójica maqueta póstuma del submarino, sino que haya dejado su más directa huella personal en el soporte que lo eleva en el aire.

He aludido a tres singladuras de este artista. Falta la cuarta, consistente en la plena adhesión que ha demostrado en algunas de sus últimas construcciones a un realismo de cuño español. Que esta nueva investigación es auténtica y no producto de la moda del pop, lo prueba el antes aludido monumento a Monturiol, alzado en Barcelona cuando aún la nueva tendencia no se había infiltrado a fondo en el Continente. Muchas de las nuevas obras se inspiran en lagares o en prensas de impresor. Subirachs sigue así presentando objetos, aunque eligiendo preferentemente los que poseen simetría bilateral y amplios huecos que hagan casi acariciable el espacio interior. Demuestra en ello Subirachs su mediterraneísmo esencial y su amor al orden y a los contrapesos compositivos. Otras obras de este último grupo consisten en la mitad de un rostro o de un desnudo, cortados siempre de arriba abajo. En el inte-

rior de una caja y reflejados en un espejo completan con una simetría aún más marcada, el rostro entero o la totalidad del desnudo. Aquí se funden realidad e imaginación, pura presentación novorrealista y reflejo impalpable. Se trata de una de las más originales aportaciones hispánicas a esta tendencia que puede ser hermosa y lírica en manos como las de Subirachs o las de Rauschenberg, aunque resulte, en cambio, desagradable y escasamente auténtica, en las de un Oldenburg o algunos subepígonos hispano-franceses.

Sólo contemplando juntas todas estas obras adscritas a tendencias diferentes, puede captarse la profunda unidad estilística que las enlaza. El rigor con que la masa y el hueco se contraponen, la refinada erosión de la textura, el cuidado con que el ácido atormenta al color, son siempre los mismos. Subirachs es, por una parte, un creador de formas y por otra un artesano de la Edad Media, que pule y repule infatigablemente hasta el último fragmento de cada obra. Su momento actual es de plenitud y creo que es en este instante uno de los tres máximos escultores con que cuenta hoy la tan renovada como renovadora Escuela de Barcelona.

Carlos AREAN